

GIROS a

PABLO BENAIGES

C-C Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Precio de suscripción: trimestre, 150 frs.; semestre, 300; año, 600

B.D.I.C.



Órgano de la FIJL en Francia

a e i... O. N. U.

Nueva variación del deletreo de los ignorantes

Editorial

Voluntad de hacer

Tú, joven que empiezas a remontar la cumbre de la vida, puedes crear una obra que sea la admiración y orgullo de tus contemporáneos y sucesores. Hay en tí, en tu imaginación y en tu mundo interior, un cúmulo de ideas y de sentimientos que urge recundar expuestas al sol y aire de la superterre. La observación de los hechos, las palabras sabias y los ejemplos luminosos te ayudarán en la metamorfosis de tu propia personalidad. No desdén nunca las lecciones de los hechos ni el eco de las palabras sabias. No vuelvas la espalda a los hechos luminosos. Observa, compara y deduce; no juzgues. No emitas juicios definitivos, inapelables, absolutos, hermeticos.

Haz de tu voluntad de hacer el principio fundamental de tu vida. El arte demotador de todos los obstáculos. Aprende filtrando las impresiones, todas las impresiones que te vengan de fuera. Vigila con recelos tus prejuicios. Cultiva la objetividad, gran virtud que consiste en apreciar los hechos y las cosas en sí mismas, sin preconcepciones. Al razonar sé sincero contigo mismo. No te des por satisfecho con que actúen y trabajen los demás. Añade de tuyo siempre algo, cuanto más puedas, a la obra del conjunto. Debes proponerle superar la sin orgullo, sin presunción y sin jactancia. No seas idólatra. No conformes tu personalidad a la personalidad de tus ídolos favoritos. Haz por revelar tú mismo. No seas reloj de repetición. No seas eco, sino voz viva. Descubre tu mundo interior. Las veleidades de los demás no deben distraerte de vivir tu vida interna. Sé dinámico y realizador de obras permanentes. No te pierdas en los detalles ni te dejes alucinar por las apariencias. No cedas ante el ambiente de mediocridad. Lo mediocre es el círculo cerrado, un movimiento de nort. Explora siempre el más allá, por encima de los conceptos hechos y las frases petrificadas. Afirma todas tus concepciones espirituales y amplíalas constantemente.

Proponte un objetivo elevado y dedícale tu consagración activa: No te limites a cantar las glorias ajenas y pasadas. Sé raposa de tus obras presentes, ya realizadas. Sé siempre ambicioso de nuevas obras.

Combate todo fatalismo. El fatalismo es la anquilosis de la mente. No se puede ser revolucionario y creer al mismo tiempo en la fatalidad. Son nocivas la fatalidad del progreso, la fatalidad de la libertad y todas las fatalidades. El fatalismo, cuando no es un complejo de inferioridad, es un comodín moralmente embrutecedor, una invitación a la pereza mental.

No le pliegues a los hechos consumados. La mejor requisitoria contra los errores de la Historia y desviaciones de la época será tu obra. Y entre las mejores obras está, en primer término, tu personalidad. Tienes una gran obra a realizar en tí. Consiste en superarte, en ampliar el círculo de tus conocimientos, en cultivar tu talento crítico, en superar todo vestigio de superstición y en evadirte de la vulgaridad del ambiente. Refina más y más tus mejores sentimientos.

Los árboles no deben ocultarte el bosque. El afán de reparar la injusticia no debe hacerte olvidar el principio humano, al que te debes. La necesidad de la lucha no debe aniquillar tus sentimientos. No pongas la libertad por encima de la libertad. Ello sería la tiranía. No coloques tu yo por encima de todos y de todo. No concibas la libertad como un fenómeno tautológico, como una profecía brotada del oráculo o del horóscopo. La libertad es una empresa del hombre, de su voluntad y de su esfuerzo realizador.

No hagas de tu vida un círculo cerrado, sino un ángulo abierto.

MAS SOBRE LA RELIGION

Si en una noche estrellada y serena observamos la bóveda celeste, veremos el lejano rugor de astros, de soles que distan de nosotros a millones de años-luz. Si, curiosos, nos trasladamos a la cúpula de un observatorio y observamos con un ecuatorial al universo, no seran miles, sino millones y millones de soles dispersos en nebulosas los que emocionarán nuestro pensamiento. Si, con la noble ansia de ver mas y más, logramos observar el cielo con el mayor telescopio del mundo, s to en Mount Palomar (California), los abismos insondables del espacio, sobrecogerán nuestro entendimiento. Pensaremos tal vez: ¿Qué objeto tiene el Universo? ¿De dónde procede, hacia dónde se encamina, cómo fué creado?...

La ciencia detiénese, impotente para descifrar el enigma, que tal vez la humana especie jamás comprenderá. La exclamación antigua de Séneca viene al caso: Yo sólo sé que no sé nada, y con creer que no sé nada creo saber ya algo.

Tras los límites de la ciencia, la imaginación puede ocupar el lugar de la especulación científica. Siendo la ciencia en Astronomía, la mayoría de las veces, pura hipótesis, concidido lo que es la imaginación en cuanto a descifrar lo indescifrable.

De esta incomprensión ante lo desconocido nació, en la Antigüedad, el espíritu religioso, que en sí no es más que la imaginación de una fuerza multiforme, según los casos, que dió origen a la creación universal. La superstición se adueñó y sigue aun adueñada de multitud de conciencias humanas, y el fanatismo religioso retarda, en pleno vigésimo siglo, peligrosamente el advenimiento de la sociedad anárquica, inconscientemente anhelada por la mayoría de los humanos y conscientemente por los anarquistas del orbe.

En tiempos de Ptolomeo y Aristóteles, los humanos creían en divinidades creadoras o semblanza antropomorfa. Más tarde, ante la aparición de la gran obra de Copérnico «La revolución de los mundos celestes», ante los descubrimientos astronómicos de Galileo, de Kepler, de Newton, de Herschell y otros sabios, las diferentes religiones del orbe fueron

mono o politeistas, se adaptaron al progreso científico y la imagen de «dios» aparece ya, entre los religiosos, como una fuerza creadora de forma desconocida. Las catorce religiones mayoritarias que existen actualmente, con las innumerables minoritarias y las sectas religiosas, todas tienen por base a la superstición y al fanatismo, incapaces de reconocer que en materia al origen de la creación la definición de los enciclopedistas franceses es una gran realidad: «Nous ne savons rien.» (Alambert).

A los jóvenes que quisieran iniciarse en el estudio de la cuestión religiosa les proponemos este modesto plan: Primero.—Hojeen alguno de los libros «sagrados»: la Biblia, el Corán, etc. Observen la estupidez de los ritos y ceremonias religiosas. Comparen las enormes contradicciones de sus escrituras con sus prácticas. Pronto se darán cuenta de la falsedad religiosa. La bibliografía antirreligiosa es muy numerosa, y nos place, pues, destacar algunos de los libros que les documentarán ampliamente. Pueden empezar, por ejemplo, por

Por Angel Samblancat

Me extrañaría horrores que con los nijos de esa canción, que estubo no hace mucho tiempo matrañanconos ensandadamente el timpano, no se hubiera querido aludir a la opomania y al vomito concurdaneq de la Tiaxpana anahuacnita y sus extensiones. La borraenita y los borrachitos, locos por el curado, seriamos yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos. Y singularmente usted, relinda chamaca; águila cobriza, de apetito de serpiente, merendando sobre el nopal.

Nada tendria de particular que nos embromasen con una bacilada de tan mal género los cursis del rancharo en coplas, porque esos soplafílegos adoban a sus composiciones con adobe. Vale decir, con una inconsciencia de cigarrón y, por lo regular, con el mismo género melódico.

En abordar problema tan terrorífico como el de la ebriedad en México, con un desabrigo así de constipante, sólo les ganan la competición a los murguistas de cabaret los doctores y catedráticos de la UNA (Universidad Nacional Autónoma).

Ni unos ni otros se han enterado aún, de lo que de tan rancio ya oía a Camembert en tiempo del rey Perico, ascendiente del que rabió. O sea, de que el alcoholismo es un sistema de enseñar a al pueblo, para descañonarle como a un patipollo. En consecuencia: un crimen de los que hay que llevar a la horca sin juicio y sin defensa, acompañado únicamente de los Hermanos de la paz y caridad, que lo arreen sin caridad a la paz con un tizón.

Los cantarzóicos de la Revolución carranzovenusta, que en público no van de jalear al indio, para lo mismo que lo mezcalizan—para que vote y no vocee—no se cansan de decir inter eos y no sea, que el indígena es un degenerado y un borracho como cien

Tabacas. De degeneración sólo tienen autoridad para hablar lo sseñoritos, por ser generalmente vivos dechados y notables especimenes de ella. En cuanto a concurdarse, ya recordaráis lo que dice san Pablo en su carta a los de Tesaló-

«La religión al alcance de todos», de Ibarreta; leer después «Las doce pruebas de la inexistencia de Dios», de Sebastián Laure, y más tarde «La Catedral», de Vicente Blasco Ibáñez, para finalizar con «Las ruinas de Palmira», de Volney. Tras la tranquila y metódica lectura de las obras citadas, con seguridad que su espíritu quedará tranquilo y diáfano.

Segundo.—Si, habiéndose dado cuenta de la falsedad religiosa, quieren proseguir sus estudios, intentando esclarecer por medio de la ciencia el origen de la creación, entonces les hacemos saber que dos tendencias científicas tratan, hipotéticamente, de explicar algo. Son éstas: la materialista científica y la espiritualista científica. Lean, pues, para comprender a la primera la obra del materialista I. Buckner «Fuerza y Materia», y para comprender la segunda, al espiritualista científico C. Flammarion «Dios en la Naturaleza».

Tercero.—Si, no satisfechos de las dos corrientes científicas antedichas, quieren armonizarlas para quedar más satisfechos, entonces se impone la calma y metódica lectura de la magistral obra de J. M. Guyau «La Irreligión del porvenir».

Para finalizar, sólo diremos que, arpegio insignificante comparado con la inmensidad del cosmos, ante la fugaz vida de las especies en nuestro globo, no nos parece muy atrevido el afirmar que, jamás llegará a comprender, por medio de la ciencia más atrevida, los misterios indescifrables de la inmensidad universal. Por qué?, objetaréis tal vez. Porque no disponemos del factor tiempo para fallar la solución del enigma.

«Nuestros siglos—escribió Flammarion—son segundos comparados al reloj gigantesco de los cielos.» Lo que sí podemos afirmar es que la defectuosa organización de la sociedad humana, sucumbirá y dará paso a la sociedad anárquica, que todos anhelamos, y antes de que la humanidad desaparezca, allá en la lejanía inmensurable de los milenios y milenios, la anarquía será un hecho. Quienes midan al futuro por el presente, están en un error. La barbarie contemporánea dará paso a la armonía anárquica.

Felices, pues, los tiempos futuros, donde no habrá más supersticiones y fanatismos, y donde las cruces y las iglesias serán reemplazadas por los telescopios y los observatorios!

SUNO.

Personajes de un libro que no se escribirá TANI

Tani había nacido para que los hombres empezaran por discutir con él y terminaran por sonreírle; para que se le recibiera con una polémica y se le despediera con un abrazo. Tani exigía eso; Tani esperaba eso; porque si alguien no le hubiera sonreído después de la discusión, si alguien hubiera dejado de sellar la polémica con un abrazo, Tani había solicitado la anulación de la controversia; lo esencial era la sonrisa; lo esencial era el epílogo y no el prólogo.

Pero debo dejar sentado que Tani amaba mucho la discusión; mucho, es decir más de lo conveniente. La discusión era para él deporte, trabajo, pasatiempo y ocupación; era la mitad de su vida—la otra mitad estaba entregada a la sonrisa—; y en ocasiones trataba de invadir a su vecino, invocando razones de espacio vital. Aunque la sonrisa, que sabía también defenderse, acababa por rechazarla y conservar el dominio de su sector.

Y Tani no permitía nunca que le convencieran; no, es uno podía tolerarlo. Es verdad que tampoco lograba convencer—la sonrisa era su única arma convincente—. No discutía con razones sino con afirmaciones; empleaba el «sí» en lugar del «por qué». Y gritaba—el grito era también un argumento para convencer—, pese a que la sonrisa no podía estar presente en sus acaloramientos. De cuando en cuando reposaba, escuchaba, reflexionaba, y eso indicaba que la sonrisa volvería a aparecer.

Tani sustentaba la teoría de la discusión ecléctica. Discutía sobre el tiempo, sobre la agricultura, la lactancia o las estadísticas del alfabetismo. Lo importante era presentar una negativa y gritar una doctrina, sostener un «no» rotundo y exaltar a su adversario; mientras tanto, preparaba la llegada de la sonrisa: la sonrisa que exigiria un abrazo y veneraría la discusión.

Y, además, Tani era valiente. Se atrevía a negar la autoridad de la ciencia y el testimonio de los especializados, la fuerza de la erudición. Si Tani proclamaba una verdad, no importaba que ella fuera desmentida por los hechos, y por los libros, y por la experiencia, y por la lógica; Tani se reía de los diccionarios y se reía de la sabiduría. Tani aceptaba sólo la sabiduría de su opinión y la sabiduría de su sonrisa.

Había nacido para que los hombres le sonrieran. Pero también para gritarles un «no» y para hacerles protestar.

M. P.

«La religión al alcance de todos», de Ibarreta; leer después «Las doce pruebas de la inexistencia de Dios», de Sebastián Laure, y más tarde «La Catedral», de Vicente Blasco Ibáñez, para finalizar con «Las ruinas de Palmira», de Volney. Tras la tranquila y metódica lectura de las obras citadas, con seguridad que su espíritu quedará tranquilo y diáfano.

Segundo.—Si, habiéndose dado cuenta de la falsedad religiosa, quieren proseguir sus estudios, intentando esclarecer por medio de la ciencia el origen de la creación, entonces les hacemos saber que dos tendencias científicas tratan, hipotéticamente, de explicar algo. Son éstas: la materialista científica y la espiritualista científica. Lean, pues, para comprender a la primera la obra del materialista I. Buckner «Fuerza y Materia», y para comprender la segunda, al espiritualista científico C. Flammarion «Dios en la Naturaleza».

Tercero.—Si, no satisfechos de las dos corrientes científicas antedichas, quieren armonizarlas para quedar más satisfechos, entonces se impone la calma y metódica lectura de la magistral obra de J. M. Guyau «La Irreligión del porvenir».

Para finalizar, sólo diremos que, arpegio insignificante comparado con la inmensidad del cosmos, ante la fugaz vida de las especies en nuestro globo, no nos parece muy atrevido el afirmar que, jamás llegará a comprender, por medio de la ciencia más atrevida, los misterios indescifrables de la inmensidad universal. Por qué?, objetaréis tal vez. Porque no disponemos del factor tiempo para fallar la solución del enigma.

«Nuestros siglos—escribió Flammarion—son segundos comparados al reloj gigantesco de los cielos.» Lo que sí podemos afirmar es que la defectuosa organización de la sociedad humana, sucumbirá y dará paso a la sociedad anárquica, que todos anhelamos, y antes de que la humanidad desaparezca, allá en la lejanía inmensurable de los milenios y milenios, la anarquía será un hecho. Quienes midan al futuro por el presente, están en un error. La barbarie contemporánea dará paso a la armonía anárquica.

Felices, pues, los tiempos futuros, donde no habrá más supersticiones y fanatismos, y donde las cruces y las iglesias serán reemplazadas por los telescopios y los observatorios!

SUNO.

Divulguemos nuestras ideas

Todavía hoy, a mediados del siglo XX, existe una ignorancia casi absoluta del valor social, numérico y moral de las doctrinas anarquistas.

La humanidad, en su casi totalidad, desconoce del anarquismo todas las definiciones ajenas a las que, impuestas por las sometidas Academias de Letras, nos ofrecen los diccionarios. Y esa ignorancia pesa sobre los hombres con toda la fuerza del sistema o de los sistemas que se fundamentan en la concepción autoritaria y reaccionaria del Estado y de la religión.

Es necesario reconocer que los medios de propaganda de la sociedad capitalista son muy superiores a los que, frente a ella, podemos utilizar los libertarios. Pero también es necesario decir que los anarquistas podemos hacer mucho más de lo que hasta el momento hemos hecho en pro de la divulgación de nuestros ideales.

Se conocen los gestos de un Bonnot y se desconocen los actos de una Luisa Michel. Lo que prueba que el capitalismo supo especular con las acciones del primero, y que los anarquistas no hemos sabido popularizar las bellas y humanas concepciones de la segunda.

En el propio círculo de los hombres de ciencia se conoce y se re-

Muchos de nuestros teóricos han abundado en sus optimistas observaciones sobre el espíritu de sociabilidad predominante en el hombre, a expensas de ciertas apariencias negativas. El progreso, la cultura honda y la misma sociedad constituida deben su permanencia al predominio del espíritu de sociabilidad. La sociabilidad se impone al corrosivo de la autoridad disociadora, sin cuyo predominio el hombre hubiera desaparecido hace mucho tiempo de la faz de la Tierra.

Todo el genio diabólico de las minorías disociadoras, las autoeracias y los sistemas de fuerza, la superchería religiosa y el monopolio de la propiedad, han sido impotentes para contrabalancear el efecto decisivo de las tendencias de cooperación.

Si en los centros de civilización la pasión política y la lucha desesperada de cara a las necesidades económicas pueden ocultar nuestra atención de importantes problemas y campos de conocimiento, en el agro, entre los sencillos habitantes de costumbres sencillas y necesidades sobrias, el instinto social nos ofrece particularidades de valor decisivo.

Podemos inspirarnos en las costumbres de nuestra población dispersa, como es dable inspirarse en los pueblos llamados salvajes para sorprender, a miles de años de distancia, al hombre primitivo en su desolado elemento.

El tiempo, ese tirano elemento, cronometrante de todos nuestros movimientos, enemigo de nuestro sistema nervioso, agente patógeno del histerismo y de la cardiomanía, tiene en la aldea, en el caserío, un significado casi inexpressivo. Las manecillas del reloj—cuando hay reloj—no señalan esa serie de sobresaltos, accesos de cólera y arrebatos de prisas para llegar siempre tarde.

En el campo, las horas pasan desapercibidas. Se cuenta allí por lunas, soles y estaciones. Las contriedades son recibidas con resignación estoica, casi con cortejía filosófica. Y las travesuras de los elementos, las plagas y la sequía son compensadas por el hada Naturaleza en premio a quien sabe esperar sin desesperar.

En el campo se aquilatan en su justo sentido los intereses sociales. Se sabe apreciar el valor intrínseco de una carretera, de una central eléctrica, de un canal de riego. Los habitantes condensados y embotellados en las capitales son incapaces de reparar, de sen-

conoce al Eliseo Reclus geógrafo, y se ignora y desconoce al anarquista. Lo mismo podríamos decir de Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Mella, Cafiero... Razones que justifiquen la incompreensión de las gentes ante la grandeza del ideal anarquista, no pueden encontrarse más que en la ignorancia de los hechos y de las doctrinas que preconizaron los valores humanos precursores de un ideal que tiene que liberar a la Humanidad del caos en que se debate. Frente a esa ignorancia es necesario oponer la divulgación de nuestras doctrinas. Todos los medios de propaganda deben ser utilizados, y nuestro sentido de responsabilidad debe obligarnos a pregonar, por doquier, nuestras concepciones doctrinales. Nuestras ideas tienen una fuerza moral indiscutible; fuerza que no posee ninguna de las doctrinas fundamentadas en el principio de autoridad; fuerza que nos permite y nos induce a enfrentarnos sin temor con cualquiera de los «eruditos» que defienden, de una manera o de otra, el principio de esclavitud. No hay enemigo pequeño. No existe detractor de nuestros ideales que pueda ser considerado ofensivo. Todas las manifestacio-

ción interés y curiosidad, de emocionarse con la poesía de los servicios públicos, siempre salvaguardados por nubes de burocratas acicalados, uniformados y armados de pica en blanco. Un río trasurbano es una alcantarilla más. Para el ciudadano agobiado por la civilización del motor y del papel sellado, el servicio de luz, la sanidad y las comunicaciones constituyen hechos tan vulgares como el error de los astros más cercanos a la Tierra. Viéndolos todos los días no se repara en su existencia.

En el campo, una carretera, una línea de autobuses, el servicio de correos adquieren categoría de dioses. Un pantano, una estación no terminal, una feria de productos agrícolas y de granja son entidades vivas ligadas a nuestra propia vida. Son seres con los cuales se dialoga con reverencia. En el campo confraternizaréis con el alcalde con vara de arrear ganado. Y las festividades más señaladas son en honor de la cosecha lograda más que en honor al santo patrón y a la charanga patriótica. El servicio se paga con el servicio; el producto con el producto, no con dinero.

Y en los meses mayores de la recolección, la cooperación surge espontánea mediante rondas de vecinos concentrando la mano de obra disponible de campo en campo con desprecio de la propiedad. Apoyo mutuo y libre acuerdo, hijos de la necesidad y del genio de la especie humana.

J. PEIRATS.

NOTA IMPORTANTE

Recomendamos nuevamente a todos los compañeros que nos escriben, ya sea para la administración o para la redacción, lo hagan siempre a nombre de Pablo Benaiges y a la dirección 4, rue Belfort, Toulouse (H.G.)

El número 1328-79 de la cuenta corriente postal, es única y exclusivamente dedicado a la recepción de los giros que se envíen a RUTA como pago de cuentas.

El envío de correspondencia al número de la C.C. Postal, además del considerable retraso que impone a las cartas así dirigidas, nos origina constantes protestas por parte de los servicios de la administración francesa.

LA ADMINISTRACION.

nes antianarquistas que puedan parecer lógicas merecen una réplica seria y serena. El enemigo no es que pueda ser un equivocada, es que lo es siempre. Por eso los anarquistas tenemos que hacer frente, en todas las ocasiones que ello nos sea posible, a las aseveraciones, por científicas que queramos o aparenten ser, que tienden a combatir el sentimiento de libertad que tratamos de despertar en el corazón de los hombres.

Tenemos una ventaja de incalculable valor: la razón. Con ella podemos acudir a cuantos lugares se nos ofrezca, voluntaria o forzosamente con el derecho a argumentar, a defender, o criticar. Todas las tribunas son buenas para defender nuestro ideal. Incluso la tribuna del detractor. Hay que utilizarla para vencerlo, convenciéndolo; para transformar su odio en amistad. Es necesario que los hombres puedan contrastar sus propias creencias con las de los demás. De la confrontación pueden salir cosas nuevas, cosas buenas. De la ignorancia, nada digno surgirá. Con fe y sin fanatismo; con convicción y con firmeza; con las realidades vivas de nuestro ideal, puede y debe decirse en todo momento: ¡Pido la palabra! Jean VALJEAN.









## Divulgaciones médicas sanitarias

Por el Dr. Pujol

### Preguntas y respuestas

**Pregunta.**—Tengo un hijo de 17 meses. Hasta los doce, comía bien y estuvo muy robusto. Desde esta fecha, empezó a perder el apetito y en la actualidad, no come más que tres cucharaditas de papilla. Se nos ha quedado muy adelgado y muy pálido. ¿Nos puedes indicar algo para devolverle el apetito y que no le perjudique su organismo, en esta edad tan tierna? ¿Es que podríamos alimentarle a base de vitaminas? ¿Cuáles serían las más adecuadas? ¿Es que necesitaría un cambio de clima? ¿Los dientes tiene algo manchados. Puede ser esto un sintoma de falta de calcio?—L. C. Mauriac.

**Respuesta.**—La falta de apetito, puede obedecer a causas diversas. Tienes que someterlo a un examen médico profundo. Si de éste se desprende que no tiene otra cosa que un estado de debilidad general debida a un principio de raquitismo, como puede deducirse por el estado de sus dientes que en la tuya detallas, lo sometes al tratamiento siguiente:

Régimen alimenticio: desayuno, una papilla de harina de trigo disuelta en 150 gramos de leche de vaca bien azucarada. A las diez de la mañana, el jugo de dos naranjas ligeramente azucarado. Comida: una sopa de pasta fina hecha con caldo de legumbres, carne bien picada o jugo de carne cruda, mermeladas, y mejor, frutas bien maduras.

Merienda: igual que el desayuno. Cena: parecida a la comida del mediodía, sustituyendo la carne por una tortilla a la francesa un poco cruda, alternando con pescado blanco hervido. Como tratamiento medicamentoso, te aconsejamos lo siguiente: «Hativitine», dos gotas por la mañana, dos al mediodía y dos por la noche, mezcladas en una cucharada de sopa.

«Tricalcine Irradiée», granular, media cucharadita de café por la mañana y media por la tarde, durante un mes.

**Pregunta.**—Desde 1941 sufro del estómago hasta el extremo que durante largas temporadas he tenido que abandonar el trabajo. Ha sido diagnosticado mi mal de «estómago caído» y a pesar de los múltiples tratamientos que he se-

guido, continúo sufriendo. ¿Qué me aconsejas para terminar con mis sufrimientos?—J. H. San Gile.

**Respuesta.**—Dudo de que se trate simplemente de una gastroptosis (estómago caído). Creo indispensable una radiografía para poder descartar la existencia de una úlcera, lesión muy probable, aunque difícil concretarla dada la variedad de la descripción que haces de tu dolencia. Si el examen radiológico confirma sólo la gastroptosis, debes procurarte una faja abdominal adecuada. Si por el contrario, se confirman nuestras sospechas de úlcera, comunicánoslo y te daremos el consejo pertinente.

**Pregunta.**—Dada la imposibilidad de seguir el tratamiento que en un número anterior de RUTA me aconsejas, a causa de mi precaria situación económica, desearía me dijeras si existe la posibilidad de ingresar en algún centro hospitalario de ésta o bien si tú, personalmente, podrías tratarme.—R. (Agde).

**Respuesta.**—Es difícil el que seas admitido en ningún hospital de ésta para el tratamiento que necesitas. Gustoso te lo haría yo, pero esto no te resuelve más que en parte tu problema económico. Si perteneces a los Seguros Sociales, te facilitaría la adquisición de los medicamentos que precisas.

**Pregunta.**—Tengo 24 años. Desde la edad de 18 sufro del pecho Debido a diversas circunstancias, no he podido seguir un tratamiento continuado. En Barcelona, me examinaron a los Rayos X y me observaron una mancha negra en los pulmones. Expectoro bastante y tengo bastante dolor en los costados. ¿Qué me aconsejas para combatir mi enfermedad?—J. M. Prats.

**Respuesta.**—Con los datos que me proporcionas no puedo formarme una idea ni siquiera aproximada de tu dolencia. Te aconsejo una radiografía pulmonar y te ruego me mandes el informe del resultado de la misma. Una vez éste en mi poder, recibirás mi consejo.

## El enigma del hombre

### Precisiones sobre la exageración

Se exige a cada instante la neutralidad del hombre. Quisiera equipararse éste a un delicado instrumento científico de precisión y convertirlo en un ente estrictamente objetivo—por qué no decirlo?—en un objeto—, con escala matemática para medir la realidad: no calificándola ni valorándola, sino registrándola simplemente, sin integrarle nada propio. El prurito de objetividad se traduce, sin lugar a dudas, en prurito de frialdad: se pretende que el hombre contemple, mire «desde lejos», y reduzca su misión a mantenerse en la más híbrida neutralidad. «La Humanidad racional, esquelética, distante—más aún, ausente—y desprovista de calor. «El hombre no es capaz, acaso, de crear un mundo en sí mismo? ¿Cómo pretender entonces que el creador renuncie al derecho de valorar y escoger a cada paso? Olvidar que el centro del mundo—y su «omnium», y su todo—radica en cada hombre, es transformar la cuestión. Cuando digo que el individuo engendra su universo—el suyo—, no planteo una tesis idealista y abstracta; planteo una realidad psicológica, concreta, que la experiencia no puede menos que confirmar: hay en los mundos subjetivos—reflejen mucho o poco el exterior, no importa eso—una primacía absoluta del factor «yo» que es absurdo impugnar basándose en una artificiosa ley objetiva. Nace donde nazca tal exigencia, es falsa y es estúpida;

cientificista o dogmática, es una aberración.

Es necesario reirse de la objetividad universalizada y servida como doctrina imperativa. Es necesario dar nuevo realce a la pasión, al «engagement»; digámoslo de una vez, a la exageración misma. Que se me dé un genio rigurosamente objetivo, que se me presente un talento frío y medido, exento de vehemencia, y maldeciré la pasión. Pero como la Humanidad es un algo mucho más complicado—y más distinto—que una perfecta cámara fotográfica, no cabe en ella el supuesto genio empapado de objetividad; ni cabe ni puede haber. Todavía más: ni conviene que quepa.

Interesaría analizar en detalle los frutos de la exageración. Se obtendrían quizás resultados inesperados y sorprendentes—ya es costumbre nuestra sorprendernos de lo más natural—. Podría descubrirse que exageraciones han sido todas las teorías filosóficas que aspiraban a brindar la solución de viejos problemas; exageraciones las hipótesis científicas que abrían cauce a la investigación posterior; exageraciones las creaciones poéticas de cualquier tiempo y cualquier escuela; exageraciones los «ismos» literarios, las innovaciones artísticas, las pasiones inmortales, las morales normativas. Ella está en la base de todo lo nuevo—reacción contra lo viejo, y reacción siempre exagerada—y en el origen de to-

# VALOR SOCIAL de la OBRA DE FREUD

S.D.C.

Alrededor de las innovaciones, de los descubrimientos, de los enunciados de nuevas teorías científicas, se establecen siempre conjeturas y discusiones apasionadas. El pro y el contra, conjugándose como interpretaciones del hecho inicial, descubren facetas insospechadas al problema, desbordando muchas veces el propio campo de acción.

Freud, por sus observaciones, por sus estudios, a través de las interpretaciones diversas de que ha sido objeto, nos ofrece un ejemplo fehaciente del fatalismo científico que señalamos. Veamos «grosso modo» el proceso de evolución.

El neurólogo observa y estudia. Su inquietud despierta por un simple afán terapéutico. La primera manifestación se evidencia al intentar explicarse científicamente, por el análisis racional de los hechos, el porqué, el proceso de una curación efectuada. La realidad le obliga a adquirir conciencia de un hecho, y al ampliarlo progresivamente el conocimiento de los resultados adquiridos, su obra rebasa ya por el mismo el marco de la inquietud inicial, se agranda constantemente y aparece el sociólogo y el filósofo unidos indisolublemente al profesor, al hombre de ciencia.

«Preveía Freud contingencia tan característica al iniciar sus observaciones. ¿La comprendió plenamente ante la importancia que sus adquisiciones científicas anunciaban? O bien, por el contrario, ¿son los continuadores de su obra los que, con sus interpretaciones posteriores y la disconformidad mutua que las acompaña, engrandecen o empequeñecen, según la propia interpretación, el alcance de la obra freudiana?»

Es muy posible—aunque no nos atrevemos a afirmarlo históricamente—que Freud tuvo la intuición, comprendió la honda repercusión que sus conclusiones habían de tener en todos los campos del saber humano. Su intento de explicar el Arte por las reacciones del subconsciente, es una prueba característica del alcance de aplicación progresiva que el mismo entreviera para las perspectivas futuras del psicoanálisis.

No obstante, sin entrar en detalles subjetivos, por encima de todas las conjeturas flota una realidad. Freud trata de descubrir un Hombre íntegro. Disputa a la religión la posesión de lo más recóndito del espíritu del Hombre, dándole una explicación de paternidad de origen natural. Lo reintegra a una sola personalidad después del fraccionamiento secular establecido por el dogma religioso.

Aun así, estudiado en su generalidad, aun encerrando en la estrechez de una fórmula genérica la fecunda obra del sabio austríaco, aparecen ya con indiscutible fuerza los rasgos característicos de un desbordamiento del alcance inicial: de una concepción de importancia social perfectamente definida.

Efectivamente, liberar al Hombre de la dependencia sobrenatural, explicar sus reacciones más íntimas partiendo de una reali-

dad biológica indivisible, es restituirlo al gran proceso científico de comprensión, que trata de explicar la existencia y el medio.

Es un paso de gigante hacia la resolución de la «gran incógnita» que ni el materialismo ni el idealismo científico han resuelto definitivamente todavía.

Estudiado en detalle, el proceso de ampliación permanente de las perspectivas de aplicación es todavía más aleccionador.

Consciente o inconscientemente por parte de su creador, de la teoría freudiana surge una oposición moral entre los instintos y tendencias naturales del Hombre y las leyes y normas que determinan y condicionan su desarrollo posterior.

La sexualidad, fuerza dinámica principal del Hombre en la con-

## Por PABLO BENAIGES

cepción freudiana, está en oposición permanente con la manifestación de sus exigencias, al hallarse éstas controladas, desvirtuadas y hasta cierto punto anuladas por la moral añadidas a la sociedad por los seudomoralistas que determinan en el hombre una conducta individual y colectiva de acuerdo al dogma y al interés.

Negar la evidencia de una repercusión social intensa provocada por la obra de Freud, sería semejante a la negación o no comprensión de la existencia de un proceso científico de evolución en la corriente de agua que desciende de las montañas.

Si contemplamos dicha corrien-

te con los ojos del poeta, por ejemplo, podremos hablar descriptivamente de su belleza natural, del canto armonioso al correr de su accidentado lecho, de su matizado colorido, etc.; pero si profundizamos nuestra reflexión, si a la personalidad del poeta añadimos el deseo de saber del hombre de ciencia, la corriente nos aparecerá entonces bajo el prisma de un proceso de continuidad que comprende fenómenos científicos de alcance social, como la fertilidad de las tierras que nutre, el aprovechamiento de los saltos naturales o provocados, la variación climatológica, la evaporación por el calor solar, con la subsiguiente transformación en lluvias, nieve, etc.

El mismo parangón puede aplicarse a la obra de Freud. Ence-

rrada en las posibilidades terapéuticas—cuación de las enfermedades nerviosas y del terreno psíquico del subconsciente—, no alcanzamos más que una parte de su riqueza íntegra.

Si el Hombre se pertenece a sí mismo y recibe del medio—la naturaleza—el impulso vital de la ACCIÓN. Si se destruye el mito que representa la fragmentación religiosa entre lo físico y lo psíquico, con la consiguiente dependencia de lo espiritual al SER superior que idealizan las religiones, Freud nos aparece como un filósofo en acción, con enorme ventaja sobre los simples especuladores metafísicos.

Si ese impulso vital determina instintos y reacciones en el hombre material, y dichos instintos y reacciones son contradictorios, están en oposición con la ética establecida, Freud se destaca como moralista, con la ventaja de que su moral descolla de raíces naturales.

Y si, por último, en la conjunción de las conclusiones del filósofo y del moralista encontramos una aplicación social, puesto que el elemento de estudio es el Hombre y el Hombre no puede comprenderse por sí solo, sino en su convivencia, en sus reacciones con los demás hombres, la obra de Freud tiene caracteres sociológicos tan definidos que merecen la atención de un esfuerzo de comprensión por parte de todos aquellos a quienes verdaderamente atañe una inquietud social.

## Posibilidades transformativas

### Por Germina Alba

posible revolucionariamente, un cambio con sólo un diez por mil de convencidos y decididos a ese cambio.

Recordamos enternecidos, por ejemplo, los planeados intentos de Nieva y López Montenegro, en España; los de Malato, en Francia; los de Malatesta, en Italia,

etc., etc., pero recordamos también, cómo hubieron de convenirse bien presto que los progresos de la mecánica y el predominio del dinero, junto con las fuerzas y número de los sostenidos, hacían cada vez más difícil la coordinación de los intentos rebeldes.

(Pasa a la segunda).

## COSAS DE LA POLITICA

Don Ramón era un hombre público, un político de renombre y un «caballero» de la fortuna.

Los azares de la vida lo habían conducido desde una pastelería a un ministerio. Y es que Don Ramón había sido, años antes, simplemente Ramón. Un Ramón incapaz de fabricar pasteles con harina y azúcar, pero muy apto para engullir, al menor de los descuidos del patrón, un suculentísimo «brazo de gitano». Don Ramón, como queda demostrado, había tenido siempre una excepcional predisposición para la política.

Sus actividades públicas, en tanto que ministro de Relaciones Exteriores, casi se circunscribían a organizar veladas para los plenipotenciarios de otros países o, en muchos casos, a acudir a las que organizaban éstos en su honor. En todas esas ocasiones Don Ramón se situaba al lado de los manjares y comía, comía mucho, particularmente pasteles, para demostrar que no había perdido el gusto a su antiguo trabajo.

Don Ramón era así. Agradecía más una «mona» de Pascua que

una caja de habanos. Y su jefe de gabinete, jefes de personal y altos funcionarios del ministerio eran todos pasteleros.

Para Don Ramón, la mejor recompensa consistía en una tarjeta de bizcochos adornada con crema y mantequilla. El que tal regalo le hiciera, podía considerar de antemano aprobada su solicitud.

En la antecámara de su despacho, el ujier presentaba a los visitantes, para recoger sus tarjetas, una bandeja descomunal, en la que fácilmente cabía el mayor de los pasteles. Generalmente, Don Ramón gustaba el pastel y prescindía de la tarjeta, para decidir si recibía o no al que solicitaba audiencia.

En cierta ocasión, de regreso de un viaje a París, Don Ramón convocó a todos los altos funcionarios de su ministerio y, enfurecido, les dijo:

«Señores: En París he comido algo extraordinario. ¡Una «tarte aux pommes!» ¡Quién de ustedes «abe lo que es?»

Nadie osó responder al señor

ministro, y, en virtud de ello, Don Ramón proclamó solemnemente:

«Mi ministerio está lleno de incapaces. Esto no puede continuar. A partir de la próxima semana procederemos a examinar a todo el personal. Pueden ustedes retirarse!»

Aquella semana el personal del ministerio trabajó seriamente, y el día que Don Ramón decidió comprobar qué tal iban «las cosas», encontróse agradablemente sorprendido al ver la sala de reuniones de su ministerio abarrotada de pasteles. Aquí «choux à la crème», allá «brazos de gitano», un poco más lejos toriles de nata y frente a ellos «Sara Bernard».

El ministro, emocionado, comió horas enteras, sin apenas respirar, con furia y con amor... de tal manera que murió al día siguiente de indigestión.

El Gobierno acordó rendir homenaje póstumo a su colega desaparecido, y decretó aquella jornada de «duelo nacional».

He ahí la vida de Don Ramón y el origen del «pasteleo».

GAVROCHE.

## Cartas de Nueva York

### Por Alejandro Sux

## EL FIN DE LA «GUERRA FRIA» EN LAS CALLES DE NUEVA YORK

No digamos que «cayo como una bomba», según los consejos de los profesores de periodismo basado en la frase hecha, no, no cayó como una bomba la noticia que el 12 de este bienaventurado mes de mayo terminaría el bloque soviético de la zona occidental de Berlín, en manos de las firmantes mas copetudas del Pacto del Atlántico Norte cayó como chaparrón refrescante para el espíritu, como refrescó el aire húmedo y electrizado el chubasco tropical que nos recordó los vistos en la Habana y en México. Coincidió los aguaceros breves, y con el cielo iluminado se aclararon las mentes. Se adelantó la radiofonía, como sucede ahora, y de cada casa, de cada oficina, de cada taxi salió un heraldito gritando la buena nueva:

«¡Nos entendemos con los Soviets!»

El optimismo fué espontáneo y general; las sonrisas de publicidad dentífica reaparecieron en todas las bocas; en las pupilas se produjo el milagro de la iluminación interna y la pulidez exterior. La locuacidad populachera se manifestó hasta con revividos canturreos que creímos muertos para siempre, y las consiguientes palmadas en los hombros con las frases del caso:

«¡Eh...! ¡Este Pacto del Atlántico! Los rusos comprendieron.»

«¡Ahora que la boa comunista digiera al bucy chino... y buen provecho!»

«¡Ya empezábamos a perder la paciencia...»

«Los asientos de la Bolsa, que valían menos de 30.000 dólares hace una hora, se compran hasta por 500.000... ¡El optimismo hace de cohehe en los valores!»

«¡Reculamos la fecha de la ca-

lante económica! ¿Qué hacer suceda entre los miembros del Comité del Consejo de Estados Unidos de la Cámara Internacional de Comercio?... Enos llamaban a 1953 el «año especuativo», el inicio de nuestra segunda gran crisis. ¿Estarán mas serenos ahora? Se reúnen el 4... ¡estaban aterrados!»

«Las calles reventan de público. Todos los once millones de neoyorquinos saueron a gozar del fresco... y de la tranquilidad. ¡Qué noticia! Las agencias de turismo aseguran que este verano se gastaran tres mil millones en viajes... de los cuales mas de medio millón en Hispanoamérica... y 300.000 dólares para México solamente. Creo que la cifra se multiplicará con la llegada del 12 de mayo. Todavía muchos creen que Moscú nos echará una jarra de agua helada la vispera, para rompernos los nervios.»

«La «cosa» es clara; Rusia necesita evitar que China se convierta en una nueva Yugoslavia. Si el mundo se llena de Repúblicas Soviéticas no dependientes de Moscú, el imperialismo ruso está en tan mala situación como si no ocurriese nada; la historia nos demuestra que las ideologías oficiales no impiden las alianzas más inverosímiles. ¿Cuántas veces se aliaron musulmanes y cristianos contra cristianos y musulmanes? El capitalismo occidental podría aliarse con el comunismo chino para atacar al imperialismo ruso; ya Yugoslavia coquetea con Occidente sin dejar de ser comunista... ¡proclamándose más auténticamente comunista que los caballeros de Moscú!»

«No puede negarse que los Soviets nos han maniobrado bien. Concentraron toda nuestra aten-

ción en Berlín... y sus posibles consecuencias, hasta que los comunistas cínicos pasaron el Yantse... ¡Ahora nos dejan en paz por este lado! Les urge ayudar a sus colegas amarillos en la organización de ese inmenso territorio; «ellos saben que podríamos entendernos con los chinos rojos... tal vez contra los rojos moscovitas.»

«¡Yo estaba enterado de que conversara Moscú con Washington desde febrero... ¡pero nada podía decirse! Por eso, el generalísimo Franco envió una misión para tratar el empréstito del U.S. Sport-Import Bank... ¡llegó demasiado tarde! Si Stalin continúa alojando hilo a la cometa internacional de la paz, Franco deberá buscar asilo en Patagonia... A no ser que... ¡Pero por qué seríamos tan optimistas? Mr. Michael J. MacDermott del State Department, ha dicho a los periodistas que el enviado de Madrid «llegaría a estudiar este asunto... ¡Tarde... demasiado tarde si Moscú y Washington se dan la mano. Los ingleses son escépticos. El bloque de Berlín terminará... ¿Y después?»

«Nadie duda que Rusia posee bombas atómicas; la explotación intensiva de los yacimientos de uranio en Checoeslovaquia y otros lugares, lo demuestra. Haremos siempre mejor en lograr un entendimiento con los rusos que acabar con la humanidad entre ellos y nosotros... ¡porque una guerra atómica equivaldría a convertir esta planeta en un satélite muerto... como la luna.»

«Estas fueron las frases recogidas en los diversos barrios de Nueva York, en los más diferentes medios, el día que se dió la noticia de que el 12 de mayo terminaba el bloqueo de Berlín.»

YAYO.